

SEGUNDA PARTE

I

Celda de Teodora en el Convento.
Triple ventana con vidrios de colores á
la derecha. Reclinatorio gótico y reta-
blo encima. Sillones y sillas de cuero;
las maderas serán oscuras, de nogal.

DON DIEGO

Avanzando.

¡Teodora!

TEODORA

Glacial.

Al salir, junto á la puerta
del claustro encontraréis á Leonarda
mi doncella; ella sabe
vuestro proyecto y os dará la llave.
Excusado ha de serme que os advierta
el gran recato que de vos espero:
mi sangre es noble, mi deshonra cierta:
¡sólo me excusa en vos ser caballero!
Desde las nueve, aguardaré en el claustro:
¿qué más queréis?

DON DIEGO

Cayendo á sus pies. Teodora le escucha, más que con cariño, con un espionamiento casi feroz.

¡A vos tan sólo os quiero!
Dime qué amor es éste, Teodora,
que te me da por reina y por señora;
por qué esta gran pasión que me aniquila
en tu serenidad se hace tranquila;
por qué no sé subir á tus mejillas
sin buscar el camino de rodillas;
¿qué hay dentro de tu espléndida hermosura
que cada vez mayor se me figura?
¡Mandas en mí! Cuando te ven mis ojos
mi voluntad entera me abandona
y quisiera tener una corona
por venir á ofrecértela de hinojos;
en tu gran fortaleza me hago fuerte;
de tanto que he temido no logarte,
he enseñado á mi amor, para alcanzarte,
á pasar por encima de la muerte.
Soy tronco seco y este amor es fuego
que todo me da luz y me ennoblece:
¡Teodora!... Si Dios me favorece,
¡qué gran destino cumplirá Don Diego!

TEODORA

Con entusiasmo de visión.

A esta obra de grandeza amor me llama;
para que crezcas tú, seré más grande:
mientras nos lleve al sol, que el amor mande:
¡tu gloria quiero ser, que no tu dama!

Es tan de suyo altivo el pecho mío
que, siendo aún niña y niño el pensamiento,
por decirle «¡á Ti solo me confío!»
vine á buscar á Dios á este convento.
Y en la fuente de amor mi alma bebía
y amor se fué en mi pecho acumulando,
soy llama viva ¡sin partirlo, amando,
este fuego de amor me mataría!

DON DIEGO

Y porque de tan alto viene el fuego
desde tan bajo lo advirtió Don Diego:
y porque yo soy noche y tú eres día,
la eternidad en nuestro amor se cría.
¡Cuando en mí las detienes bienhadadas
relampaguea Dios en tus miradas!

TEODORA

Escuchará con complacencia entusiasta la plática de Don Diego. De repente retira las manos de los hombros de éste, donde descansaban, exclamando:

¡En las tuyas hay cieno de la tierra!

DON DIEGO

¡Siembra en el cieno amor y dará flores!

TEODORA

Han hecho tu alma oscura los amores...

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1966, 1925 MONTEBELLER, BUENOS AIRES

DON DIEGO

¡Reposo en tí de la sangrienta guerra!

TEODORA

Alrededor de tu cabeza veo
brazos desnudos, encendidas bocas...

DON DIEGO

¡Prendidas quedarán como trofeo
en la quietud de tus divinas tocas!

TEODORA

¿Olyidarás Don Diego tus amores
y la risa viciosa de tus damas?

DON DIEGO

Serán nuevo alimento á tus ardores
y leña seca en que aplacar tus llamas.
¡Si, Teodora, de todo me separo
para vivir contigo eternamente;
ahora conozco mi destino claro
y viento de salud besa mi frente!

Vendo á ella arrebatado.

¡Bésame!

TEODORA

¡No son horas todavía!
¡Soy de Dios solamente, en el convento!

DON DIEGO

¡No, Teodora, no! ¡ya eres más mía
que las llamas del viento!

TEODORA

¡Profanación! ¡Mi Dios está conmigo!

Se abraza al Cristo.

DON DIEGO

¡Conmigo están mis fuerzas y mi espada!

TEODORA

Rezando.

¡Jesús, seme testigo
de que he sido en tu amor sacrificada!

Avanza Don Diego decidido para tomar á la monja en sus brazos. Esta insensiblemente deja caer la toca, lo ve un momento venir con delectación y le sale luego al encuentro, lentamente, dominándole, amansándole, hasta ponerle las dos manos en los hombros.

TEODORA

Para hacer más gloriosa tu figura
sólo le falta un beso religioso:
para hacer más solemne tu bravura
un poco de reposo.
¡Yo te abriré delante de los ojos
un campo á tus hazañas infinito!

DON DIEGO

¡El beso Teodora!

TEODORA

Necesito
que te postres de hinojos...

DON DIEGO

Postrado aguardaré perpetuamente
que venga á darme luz en mi tristeza
el sol idolatrado de tu frente.

TEODORA

Un sol mayor, de resplandor más rojo,
para probarte en tu pasión escojo.
Sol de una abierta herida
que acabas de poner toda encendida.
¡Sol de unos ojos muertos,
á eternidad de maravilla abiertos!
¡Besa!

Le presenta el Crucifijo.

DON DIEGO

¡Jamás!

TEODORA

¡Quiéreme en Dios!

DON DIEGO

¡Te quiero
en mi sangre, en mi nombre y en mi acero!

TEODORA

¡Es poco!

DON DIEGO

¡En el tumulto de la vida!

TEODORA

¡Es poco!

DON DIEGO

¡En los azares de la suerte!

TEODORA

¡Es poco! ¡Jesucristo me convida
al amor infinito de la muerte!

DON DIEGO

¡Tambien yo te amo así!

TEODORA

¡Besa!

DON DIEGO

Besando la cruz.

Y furioso
mi amor, siniestramente religioso,
con lo divino y con lo humano en guerra
ya no cabe en el cerco de la tierra.
¡Soy Dios y Satanás en una pieza!
¡El sol da un brillo nuevo á mi cabeza
y estoy hasta los hombros sepultado
en un barro con sangre coagulado!
En sed de ti furiosamente muero
y ni calmarla ni saciarla espero:
no temas de la carga que me abrume:
este beso sagrado está en mi boca,
ardiendo, como hoguera en una roca,
que aunque le da calor, no la consume!

TEODORA

Consumidas están como zarzales
en el incendio de tu amor mis dudas;
¡entramos por senderos inmortales!

DON DIEGO

A un tiempo me diriges y me escudas.
Te necesito ya; de todo ahito,
sin este sobrehumano amor perverso,
se me desploma encima el universo;
para poder vivir te necesito.
Extenderás tu manto de misterio
sobre el ángulo seco de las cosas;
y cruzando el humano cementerio
borrarás las leyendas de las losas;

y darás nuevo ser al amor muerto;
y nuevas llamas al placer perdido;
y luz más roja al porvenir incierto;
y rumbo de alas al valor caído.
Escanciarás, al terminar la orgía,
sangre divina en mi sediente copa;
bordarás, con temblores de agonía,
cruces de fuego en mi enlutada ropa;
y pondrás, enlazando enamorada
tu figura radiante á mi figura,
en mi capa una sombra más oscura
y un gavilán sacrilego en mi espada.

TEODORA

¿Y mi Dios, mi Jesús?

DON DIEGO

¡Siempre en el fondo,
por nuestro gran pecado sucumbiendo;
siempre sangrando y lívido, gimiendo
con un gemido cada vez más hondo!
Una pasión gigante nos impulsa
¡que otra pasión gigante nos redima!
¡La humanidad convulsa
tiembla entre el sol de abajo y el de encima!
¡Salgamos, Teodora!

TEODORA

Rechazándole.

Aún tiene el cielo
con que vendernos, claridad sobrada.

Mostrándole la puerta, y en ademán
de despedida.

Hasta las diez.

DON DIEGO

Contrariado, saliendo.

¡Las nieves de ese velo
han de fundirse al fuego de mi espada!

II

*La misma noche. Un rincón del
claustro en el convento. Luz de luna.
Don Diego y su bastardo hablan.*

NICODEMO

Juro que para ambas cosas
tenemos sobrado el tiempo.
Vuela á tu casa; en el patio
te está esperando Don Pedro.
Tus dos mejores caballos
que ensillaran he dispuesto.
Camacho estará aguardando,
con tu traje sobre el cuerpo.
Dale la llave y que venga:
yo le aguardo en el convento
para darle aquí las últimas
instrucciones y consejos.

DON DIEGO

Pero ella verá el engaño...

NICODEMO

Cuento con la noche: cuento
con el desmayo obligado,
con la angustia del momento,
con la argucia de Camacho
y con mis propios alientos.

DON DIEGO

Pero por todas mis venas
me está tirando el deseo
para que me quede aquí.

NICODEMO

Pues abandona á Don Pedro.
Olvida á Malvina, olvida
los limones de su huerto;
la casa abierta á la luz,
los cuatro arcones, oliendo
á madreSelva y tomillo;
el blanco mate del cuello,
las mejillas coloradas,
el mirar tranquilo y serio,
¡toda su vida, apacible
como una fuente, en un huerto!

DON DIEGO

Pero ¿ha de serme imposible
juntar, siquiera un momento,
aquella calma á esta lucha,
aquella luz á este fuego,

aquella trova á esta música,
 á este espíritu aquel cuerpo?
 Voy pasando de uno en otro,
 como agua estéril, que muero,
 si no me contiene un vaso,
 en la arena del desierto.
 El largo pujar me rinde;
 ¡quién pudiera, Nicodemo,
 indigno de todo, estarse
 dentro de sí mismo quieto;
 sin pedirle nada á nadie,
 y chupando tierra y cielo,
 para extraerles el oro
 que da poder, calma y cetro!

NICODEMO

Di más, Don Diego pomposo,
 Don Diego de ancho sombrero,
 Don Diego de grandes plumas,
 Don Diego de limpio acero,
 Don Diego hidalgo, di más:
 ¡quién pudiera, hombre completo
 hidalgo en el gesto bravo,
 llevar su bastardo dentro!
 ¡Quién pudiera tener bríos
 y constancia al mismo tiempo;
 libertad y voluntad,
 bravura y entendimiento!
 Avivar á espaldarazos
 el curso de los sucesos;
 calzárselos por espuelas
 cuando llegara el momento;
 hincar el gesto en el sol
 sin abandonar el suelo;
 ser hidalgo de la tierra

y bastardo de los cielos.
 Pero, pues no da la tierra
 curso tan fácil al vuelo
 de nuestras ideas altas,
 de nuestros bajos deseos,
 ¡supla el querer de los hombres
 lo flaco de su elemento!
 Malvina y Teodora son
 el círculo grande y bello
 donde el agua de tu espíritu
 dormirá tranquilo sueño.
 ¡A las dos has de lograrlas
 aunque es difícil empeño!

DON DIEGO

A las dos: ¡si una me falta,
 toda mi ventura pierdo!

NICODEMO

¡Malvina besa y sonríe!

DON DIEGO

¡Teodora tiene en el gesto
 suspendidas las verdades
 y animados los misterios!

NICODEMO

Sin Malvina no gustabas
 de la vida, hace un momento...

DON DIEGO

¡Sin Teodora, ahora juzgo
que hasta á Malvina aborrezco!

NICODEMO

¡Don Diego, en breves instantes,
larga cabalgada has hecho!

DON DIEGO

¡Tan larga, que estoy llamando
á las puertas de lo eterno!

NICODEMO

¡Vistan á la desposada,
cuando abandone su lecho
con encajes en los hombros
y cotillas en los senos!
¡Desnúdenla servidoras,
cuando el sol caiga del cielo,
que el galán no la codicia;
que el desposado no ha vuelto
de un desmayo en una celda
con los humos del incienso!

DON DIEGO

Pues ¿Qué quieres tú?, ¿Qué buscas?,
¿Qué silbas? ¿Qué estas diciendo,
que siempre á llamarme vienes,
desde caminos opuestos?

NICODEMO

Pues, cuando á mi voz humilde
que llamas silbos siniestros,
ni tus pasos se detengan
ni vacilen tus alientos,
¿te importará de mi voz
conocer el móvil cierto?
Para tu estorbo he nacido;
soy tu bastardo, Don Diego;
la parte baja de ti
y de tu padre los yerros.
Soy voz de carne y pecado;
ni descanso ni sosiego,
ni he de consentir que nunca
logres descanso ó sosiego.
¡No porque son cosa mía
temas mis agrios consejos;
témelos tan sólo, hidalgo,
porque los aceptas luego!

DON DIEGO

¿Temer yo?

NICODEMO

¡Dos horas hace
que estas temblando de miedo!

DON DIEGO

¿Temblar?

NICODEMO

¡Entre dos caminos
que se te antojan opuestos!

DON DIEGO

¿Y no he sido yo hombre siempre
de cortar por el de enmedio?

NICODEMO

Pues esta noche lo olvidas.

DON DIEGO

Pues esta noche lo quiero.

NICODEMO

¡Enhorabuena!... ¡Y apenas
si te decides á tiempo!
Vuelve á tu casa, en el patio
te está esperando Don Pedro;
no he podido decidirle
á emprender solo el regreso.
Camacho vestido en tanto
de tus lucidos arreos,
calzando tus propios guantes
ciñendo tu mismo acero,
vendrá á tiempo, á apoderarse
de la monja en el convento.
¡Tú tendrás allá la tierra,
y acá, en tu palacio, el cielo,
y disfrutarás de entrambos,

Diego—Dios, salvando fiero
la línea que los divide,
sobre tu caballo negro
cuyas miradas son rayos
cuyos relinchos son truenos!

DON DIEGO

¿Y tú?

NICODEMO

Cruzado de brazos
en lo triste de mi encierro,
estaré pacientemente
en espera del momento
en que el bien amado Dios
vuelva á llamarme de nuevo
y á confesarme que está
cansado de tierra y cielo.

DON DIEGO

¡Nunca!

NICODEMO

Bien ó mal nacidos
el mismo barro tenemos:
igual destino nos hace
sufrir dolores idénticos.

DON DIEGO

¡Triunfos á mi paso brotan!

NICODEMO

Que se hacen cansancios luego.

DON DIEGO

¡Yo he de mostrarte que mientes

NICODEMO

¡Yo he de probarte que acierto!

III

La mañana siguiente. Un rincón de jardín en la casa de Don Pedro. Allí estarán ataviadas, entre grupos de boleros, las mesas de la boda. Suena la música que acompaña á los novios. Vaden la escena chiquillos con ramos, muchachas con flores; todos gritando y aclamando á los novios, hacen grupo en el jardín. Vienen luego los novios. Don Diego vestido con traje gris, adornos de plata y plumas blancas en el sombrero da la mano á Malvina, que viene vestida de blanco. Un grupo de caballeros entre los cuales irá Don Pedro, que lleva al pecho la roja cruz de Calatrava, termina la comitiva. Todos los caballeros van vestidos de negro, con ferreruelo sobre el justillo. Hay muchachas campesinas en el acompañamiento de Malvina. Ya en escena se adelanta Don Pedro. A su espalda oará el tropel de su servidumbre. En frente de él los novios y acompañamiento.

DON PEDRO

En vuestra hacienda entráis: os hacen fiestas los verdes ramos y las flores éstas.

Una vida de paz sin inquietudes,
ha dado esta cosecha de virtudes
en torno de la hacienda recogida:
como una fuente clara es nuestra vida.
Cuidarme á mí, para cuidar de todos,
mi empresa ha sido; y por distintos modos,
al ambicioso audaz y al apocado
de espíritu he servido y amparado.
Como debo mis bienes á la guerra,
no he querido marcharme de la tierra
sin reparar, pues yo no me la explico,
la injusticia feroz que me hizo rico.
Conservando mi huerto y mi vivienda
he repartido á los demás mi hacienda,
y en vez de frutos y encendidas flores
bendiciones sembré con mis favores.

Esto es viático bueno en el camino
y alimento que nutre á lo divino.
De esta hacienda las llaves os entrego
en mi hija, Don Diego;
ella busca paciente
al de mísera vida, al indigente,
al huérfano infeliz, al mal nacido,
y donde sólo llantos han corrido
abre camino franco á la alegría:
ella ha de hacer—y al cielo se lo pido—
vuestra vida feliz como la mía.

Abraza á Don Diego; abraza también
á su hija. Vitorean sirvientes y vecinos.

UNA VIEJECITA

Yendo á Malvina.

¡Yo he de ser en serviros la primera!

Va á besarle la mano.

MALVINA

Abrazándola.

¡Levanta y sítveme de esta manera!

Volviéndose.

¡A todas he de veros y he de hablaros!

MUCHACHA 1.^a

Queremos, si queréis, acompañaros.

MARCELA

Yo os quitaré las flores...

MUCHACHA 1.^a

¡Y yo el velo!

MUCHACHA 2.^a

¡El velo yo!

MALVINA

Las dos. Ya me han contado
que ambas tenéis galán y está probado
que el velo, en estos casos, es señuelo.
Más de dos jovencitas, que pasaron
lo mejor de su vida

en cuaresma de amor indefinida,
sólo porque quitaron
un velo de casada, se casaron.

A Don Diego.

Don Diego, hasta después; tengo intenciones
de estorbar vuestras graves reflexiones.

DON DIEGO

Hasta despues Malvina.

LA VIEJECITA

A Don Diego.

¡Voy á darle una vuelta á la cocina!

Vuelve á formar la comitiva. Parten
poco á poco todos menos Don Diego,
que se pasea cabizbajo por el jardín.

IV

Momentos después, Nicodemo entra
precipitadamente en el jardín y dice á
su hermano:

NICODEMO

¡No he llegado; vengo huyendo,
pobre hermano! no esperabas
encontrarme en este sitio.

DON DIEGO

No, á mi fe, no lo esperaba.

NICODEMO

¡Todo acaba de perderse!

DON DIEGO

¡Todo de nuevo se gana!

NICODEMO

¡La monja huyó del convento!

DON DIEGO

¡Por Dios que es noticia brava!
¿No le dispusimos ambos
para que huyera, la escala?

NICODEMO

Pero ella la embocó al cielo
y, en vez de dar en tu casa,
haciendo estribo en los astros,
¡quién sabe cómo cabalga!

DON DIEGO

Con lo que quieres decir...

NICODEMO

¡Que no nos valieron mañas:
Teodora mató á Camacho
y se lanzó espiritada,
camino de estos lugares
dando á las tinieblas llamas!

DON DIEGO

¿Y tú?

NICODEMO

Lo supe tan tarde,
que ya viniendo, esperaba
encontrar la hacienda roja
de su estupenda venganza.
¿La has visto?

DON DIEGO

Nadie la ha visto.

NICODEMO

¡Pues está aquí: acaso aguarda,
para mejor confundirte
que haya más gente en la casa;
por el camino han venido
guiándome las pisadas
de su potro, que las piedras
redujo á polvo en su marcha!

DON DIEGO

¿Y ella está aquí?

NICODEMO

¡La siniestra
prometida de tu alma,
echa sobre tantas flores
el fuego de su venganza!

DON DIEGO

¡Duro trance!

NICODEMO

Como tuyo.

DON DIEGO

¡Duelo atroz!

NICODEMO

Mayor te aguarda.

DON DIEGO

Yo no fui...

NICODEMO

La suerte ha sido.

DON DIEGO

¡Quién creyera!...

NICODEMO

¡Quién pensara!

DON DIEGO

¿Qué he de hacer?

NICODEMO

Hacer importa.

DON DIEGO

¡Todo lo hago!

NICODEMO

Todo es nada.

¿Qué fuerzas tienes, Don Diego?

DON DIEGO

¡Voto á Dios!, ¡puños y espada!

NICODEMO

¡Voto á Dios!, de nada sirven
en trances de desposadas.
¡La batalla está riñéndose
en el fondo de tu alma:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
SIS BOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1905 MONTERREY, N.L.

lo de fuera es lo de menos:
 el fuego no son las llamas!
 Ayer, viendo la justicia
 sobre las baldosas blancas
 de aquel claustro del convento,
 un cadáver con tu espada,
 con tus ropas y tus guantes,
 con tus plumas y tus armas,
 aunque una herida le hacía
 las facciones tan contrarias,
 que dar nombre vivo al muerto
 era empresa aventurada,
 no dudó que era Don Diego
 el que á la tierra dejaba
 aquel despojo sangriento
 por recuerdo de sus faltas:
 tus deudos te recogieron
 y te enterrarán mañana;
 porque no les aparezcas
 te olvidarán tus amadas;
 ha muerto, en el gran Don Diego,
 la leyenda de tu fama:
 ni te valen lances viejos
 ni grandezas heredadas;
 ni hombres muertos á tus pies,
 ni hembras llorando á tus plantas.
 Ya no hay, en ti, más que tú;
 y en ocasión tan bizarra
 Teodora y Malvina luchan
 por darle cuerpo á tu alma.

DON DIEGO

¡Llévese un río de fuego
 al infierno tus palabras!
 ¡Salga rugiendo la vida

por donde mejor le plazca!
 ¡Si los sucesos le estorban,
 yo le abriré con mi espada
 boquetes en los sucesos,
 para darle puerta franca!

NICODEMO

¿Pero tú, qué quieres?

DON DIEGO

¡Todo!

NICODEMO

¿Viste á Malvina?...

DON DIEGO

¡Una llama
 me ha encendido todo al verla
 y ansioso estoy de gozarla!

NICODEMO

¿Pero la monja?...

DON DIEGO

¡Un incendio
 llevo encerrado en el alma,
 que hasta lograr presa en ella
 se está entreteniendo en brasas!

NICODEMO

¡Huir de aquí fuera empeño
de mayor cordura!

DON DIEGO

¿Aguardas
que por mí mismo me prive,
si estoy sediento, del agua?
Yo no te pido consejos.

NICODEMO

¡Yo te declaro amenazas!

DON DIEGO

Venga lo que venga, cuento
librar con bien la batalla.

NICODEMO

¿Son tus decisiones últimas?...

DON DIEGO

Son mis últimas palabras.

NICODEMO

¿Me desoyes?

DON DIEGO

Te desprecio:
¡no hay hidalguía en tu alma!

NICODEMO

¡Adiós, pues, Don Diego hidalgo,
y no olvides que mañana
te enterrarán: yo no he dado
ni he quitado á la venganza!
Un débil lazo de sangre
hasta hoy tenía ligadas
con vergüenza nuestras vidas:
tú de deshacerlo acabas.
Desde hoy marcharemos solos:
tú en el aire las miradas;
yo clavadas en la tierra,
marcando sitio á mis plantas.
Juntos pudimos entrambos
satisfacer nuestras ansias;
yo era barro, tú eras fuego,
tú eras torre, yo muralla.
Los dos, sin decirlo, amábamos
á la misma desposada;
vivir para amarla importa,
y vivir para gozarla...
¡No olvides, Don Diego hidalgo,
que te enterrarán mañana!

DON DIEGO

Hay músicas en el fondo,
y se rizan plumas blancas
en mi sombrero y allá...

¿ves? ¡entre las verdes ramas
delicias de amor me esperan
en los brazos de mi dama!
¡Nicodemo! has escogido
mal día para amenazas.

NICODEMO

Hay misterios en el fondo,
y se erizan sombras vagas
en la espesura y allá...
¿ves? ¡entre las verdes ramas
pasa una figura negra
que te mira y te amenaza
y arde en su cabeza oscura
una toca profanada!
¡Diego! ¡te brinda en mal día
abrazos la desposada!

DON DIEGO

¡Pues ya me tardan las dos!

NICODEMO

¡Pues sal al encuentro á entrambas
y prueba de abrirte paso
entre las dos, á estocadas!

DON DIEGO

¡Vive Dios, que he de intentarlo!

NICODEMO

¡Vive Dios, que lo pensaba!

V

Otro rincón del jardín, más espeso y
tupido de árboles. Habían Nicodemo y
Teodora.

NICODEMO

¡Excusado me ha de ser,
pues lo dejo manifiesto,
decirme que estoy dispuesto
lo que me mandáis á hacer!

TEODORA

Una sed sola me irrita,
á un solo vivir me avengo,
un solo deseo tengo,
y un solo hombre me los quita.
Verle quiero ¿sabéis vos
de Don Diego?

NICODEMO

No hace una hora
que ha regresado, señora,
de desposarse ante Dios.

TEODORA

¡Traición fué!

NICODEMO

¡Traición cumplida!

¡Mas con tan negra traición
un valiente corazón
hace más grande su vida!

TEODORA

¡Un funesto juramento
ha de amargarle en su calma!

NICODEMO

¡Si él jura por dar al viento
lo que le estorba en el alma!

TEODORA

Yo haré que perpétuamente,
recordándole su injuria,
la tempestad de mi furia
descargue sobre su frente.
¡Feliz, sabrá mi dolor,
triumfante, mi confusión,
bendecido, mi rencor,
muerto, mi condenación!
¡Sombra le seré al andar,
llanto le seré al reir,
pesadilla al descansar,
y acusación al morir!
¡Sabrán por mí los humanos
lo que confesar le espanta,
haré presa con mis manos

en su desnuda garganta;
y obligándole á tragar
mi aliento para vivir,
le estaré haciendo morir
sin que acabe de espirar!

NICODEMO

¡Bravo fallo ¡y eso es todo?
¡pues fué excusada la vía!
Don Diego, señora mía,
nunca vivió de otro modo.
Siempre feliz, un dolor
le llenó de confusión;
de zozobras, un rencor;
de miedo una acusación;
y vió sombras al andar,
y escuchó llanto al reir,
y pensó no despertar
cuando se tendió á dormir.
Y peligros sobrehumanos
presintió bajo su planta,
y oprimieron su garganta
las tenazas de unas manos;
que haciéndole, al respirar,
con ronca angustia gemir,
le están dejando morir
sin permitirle espirar!
Si en Don Diego imagináis
que es castigo la conciencia,
que excuséis la penitencia
os suplico y que os volváis.
El tiene, para acallar
la austera voz interior,
para que duerma el dolor
y se disipe el pesar,

vino de oro en sus botellas,
garabatos en su espada
y ancha capa desplegada
donde abrigar á las bellas...

TEODORA

Mas yo he de hacerlo de suerte,
que tan magnífica vida
palidezca, oscurecida
con el temor de la muerte.

NICODEMO

Ni esperéis que se redima
con solo ese miedo incierto,
quien, para que calle un muerto,
le arroja otro muerto encima

TEODORA

Pues á su lado estaré,
rozando siempre su ropa.

NICODEMO

Pues él pedirá á su copa
que dulce sueño le dé.
Hay una sola venganza
contra Don Diego, cumplida:
que es colocarle en la vida
y arrancarle la esperanza.
Que es quitarle de la mano
el fruto que tiene en ella

cuando ya, atrevido, sella
su piel con el labio ufano.
¡Y obligarle á confesar
mañana, en su odio infecundo,
que hay una cosa en el mundo
que no ha podido lograr!

TEODORA

¡No ha de lograr á Malvina!

NICODEMO

¡No es nada, si os logra á vos!

TEODORA

¡Dejadle mi causa á Dios;
que es de justicia divina!
Corazón por corazón,
quien triunfe, triunfará luego;
pero ha de ser sin que Diego
me acuse á mi de traición.
Dadme sitio en que le aguarde
y decidle que le espero:
quiero verle, hablarle quiero.

NICODEMO

¡Guárdeme yo y Dios me guarde!
¡Ved señora que ha de haceros,
si le habláis, besar sus pies!

TEODORA

¿Para negarse después,
se ofrecen los caballeros?

NICODEMO

Es verdad: me ha despojado
de toda la razón mía,
la que me habéis otorgado
flamante caballería.
¡Perdonad! ¿queréis de mí
que os deje en lugar seguro,
mientras, á mi vez, procuro
traer á Don Diego aquí?
Entrad por esa espesura
y sentáos allá luego;
pronto ha de hablaros Don Diego:
¡un caballero os lo jura!

TEODORA

¡Corazón por corazón,
disputarlo no es perderlo!

Se oculta Teodora en la espesura.

NICODEMO

¡Pero es más rápido hacerlo
sin aviso y á traición!

*Vienen por el fondo Malvina y Don
Diego; él le cife el talle con el brazo.
Nicodemo, oculto, les observa.*

NICODEMO

¡Ellos!... ¡y ella no tenía
tanta luz sobre la frente
cuando niña, recogía
las cerezas en la fuente!

Sigue observando.

MALVINA

¡Largo tiempo te he esperado!

DON DIEGO

Para mí más largo ha sido.

MALVINA

¡Me hacía sufrir tu olvido!

DON DIEGO

Y á mí tu amante cuidado.

MALVINA

Pues ¿quién ha de ser culpado?

DON DIEGO

¡Malvina, culpa á la suerte,
que, descosa de hacerte

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ed. 1925 MONTERREY, MEXICO

á mis ojos más querida,
porque me dieras más vida
quiso ella darme más muerte!

NICODEMO

¡Con qué delicia le mira!
¡oh, completa realidad!
¡cómo envuelve á la verdad,
con su manto, la mentira!

Sigue oculto y escuchando.

MALVINA

Mi vida es tuya.

DON DIEGO

¡Sí, amor,
y mía siempre ha de ser!

MALVINA

Pues ¿negaría al placer
lo que concedí al dolor?
Si te adoré en lo peor
que fué quererte perdido,
hoy, que te veo rendido
á mis pies ¿no he de quererte?
¿ó ha de asustarme la muerte
cuando triunfé del olvido?

DON DIEGO

Vuelve Don Diego á vivir...

MALVINA

¡Vive para tu Malvina!

DON DIEGO

Gloriosa mujer divina,
que me libras de morir:
¡haga tu amor revivir
mi antigua fuerza perdida
y yo juro, luz querida,
defenderme y defenderte,
esgrimiendo ante la muerte
el escudo de tu vida!

Nicodemo deja su escondite para salirles al encuentro, diciendo:

NICODEMO

Y yo juzgo que el momento
de hacer mi causa ha llegado;
veamos lo que ha dejado
el tiempo del sentimiento.

Avanza hasta la pareja. Don Diego le mira con ceño duro.

NICODEMO

Arrodillándose.

¡Señora!

MALVINA

Sorprendida.

¿Quién es?

DON DIEGO

Procurando pasar de largo.

Tu fina
zalema acabarás luego...

NICODEMO

El bastardo de Don Diego
y el esclavo de Malvina.

MALVINA

¡Ah, Nicodemo! el que hacía,
en nuestros juegos de antaño,
el lobo contra el rebaño...

NICODEMO

¡El mismo, señora mía!

MALVINA

¿Y aún vives?

NICODEMO

Más lobo que antes,
metido en más duro juego...

MALVINA

¿Vamos andando, Don Diego?

NICODEMO

Vayan en paz los amantes.

Siguen andando en dirección a la espesura del fondo, sin hacer caso de Nicodemo.

¡Desdén orgulloso y fiero
para los tristes tenéis!

Se levanta del suelo y dice en la dirección por donde se ocultó Teodora:

¡Pronto con Don Diego hablaréis!
¡Juró bien el caballero!

Cuando los desposados van a penetrar en la espesura donde se ocultó Teodora, llegan por el fondo de la escena y quedan formando grupo con Nicodemo, Don Pedro y todos los caballeros y damas del cortejo.

TEODORA

Saliendo descompuesta, y abrazándose a Don Diego.

¡Diego!

MALVINA

Buscando los brazos de su padre.

¡Padre mío!

NICODEMO

Apartando a la gente.

¡Atrás,
los curiosos indiscretos!
¡Que ellos se compongan solos
en la presencia del cielo!

DON DIEGO

¡Teodora! ¡Malvina! ¡Infundo
tanto miedo al universo
que, por confundirme, junta
sobre mi cabeza, á un tiempo,
con los fuegos de la tierra
las tempestades del cielo?

TEODORA

¡Eres mío! ¡A Dios le diste
tu solemne juramento!

MALVINA

¡Diego! ¡Diego! ¡Dí que miente
la dama del traje negro!

DON DIEGO

A Teodora.

Ni pretendo disculparme
ni convenceros pretendo;
más rinda lo dicho parias
á la verdad de lo hecho:
delante de lo cumplido
lo jurado vuelva al viento;
no es culpa mía, si avaro,
no quiso otorgarme el cielo
ocasión, tiempo, ni espacio
de cumplir lo que prometo.

TEODORA

¡Pero hincar un pie en el aire
sin que el otro esté en el suelo,
es derrumbaros vos mismo
por mucho que os guarde el cielo!

DON DIEGO

¡Pero basta! dad disculpas
á Malvina del tormento
que desatentada estáis
descadenando en su pecho:
y retiráos, señora,
con la venia de Don Pedro,
de nuevo á ser medianera,
entre Dios y nuestros yerros.
Malvina...

Va hacia ella nuevamente.

MALVINA

Refugiándose todavía más en los
brazos de su padre.

¡Dejad!...

DON DIEGO

¿Pues qué?

¿Podrá más un juramento
que una bendición? ¿Podrán
los gritos de un amor muerto,
más que el sol de un amor vivo?
¿Podrán los pasados yerros

más que la verdad presente?
 Pues ¡vive Dios que no veo,
 si esto es justicia divina,
 cuál será la del infierno!
 Pues ¡vive Dios que me están
 punzando ya los deseos
 de unir el Diego de ayer
 al renaciente Don Diego,
 cosiéndome á las espaldas,
 á guisa de manto negro,
 todo mi pasado oscuro
 con todos sus juramentos!

TEODORA

¡Pendiente está de tus hombros
 sin que lo veas, Don Diego!

DON DIEGO

¿Lo ves tú, Malvina?

MALVINA

¡Acaba
 de caer sobre mi pecho,
 como un nublado que esconde
 en sus pliegues todo el cielo!

DON DIEGO

¿Y vos, Don Pedro?

DON PEDRO

Suplico,
 pues tiene todo derecho,
 que ordene y mande en mi casa
 la dama del traje negro.
 Que perdone á mi ignorancia
 lo que, con conocimiento,
 ó fuera negra traición,
 ó deshonoroso adulterio.
 Dóile, en nombre de Malvina,
 gracias por tanto desvelo
 conque, ahogando un bien presente,
 enmienda futuros yerros;
 y amparándome en las canas,
 que si me delatan viejo,
 me coronan siempre honrado
 y me acompañan sincero,
 ¡os juro, en nombre de Dios,
 que sois un mal caballero!

DON DIEGO

Y yo añadiré tan sólo,
 que acepto mi juramento,
 que eres mía Teodora,
 que te adoro, que no hay fuego
 ni en las entrañas de un Etna
 ni en las llamas de un infierno,
 que valga una sola brasa
 de las que arden en mi pecho.

DON PEDRO

¿Deliráis?

DON DIEGO

¿Pues no érais vos
el que se indignaba austero
porque, atento al bien presente,
olvidé mi juramento?
¿Creéis que soy hombre yo,
de inclinar la frente al suelo,
porque me arroje á la espalda
juramento más ó menos?
¡Dad aviso á mis criados
de que me tengan dispuesto,
á la puerta del jardín,
mi fiero caballo negro!
Vamos á partir los tres:
Teodora, Malvina, ¡haremos
bodas envueltas en sombra,
al estilo de Don Diego!

MALVINA

Que no añadáis el insulto
á mi desengaño, os ruego.

DON DIEGO

¿Insultarte yo? ¿tú sabes
que no existe, en todo el cielo,
astro que mejor que tú
alumbre mis días negros?
¡No, mi amor, no son insultos!
Quisiera que abierto el pecho
lo que te dicen mis labios
leyeras escrito dentro.

MALVINA

Desmayándose.

¡Padre! ¡Padre mío!

DON DIEGO

Es cosa
de aprovechar los momentos.
¡A ver! ¡mi gente, mis hombres,
mis criados, Nicodemó!

TEODORA

¡Malvina! Tantas desdichas
sola yo comprender puedo;
y pues igual que vos sufro
miradme sin odio os ruego.

MALVINA

¡No le deja sitio al odio
este desengaño fiero!

Llegan los criados de Don Diego.

DON DIEGO

A los criados.

Me importa que estas dos damas
con las que obligado vengo,
por juramento á la una,
á la otra por sacramento,

estén conmigo esta noche
en mi palacio:

A Don Pedro.

y espero,
pues habéis reconocido,
sobre las dos, mi derecho
que no seréis ahora vos
quien me lo niegue, Don Pedro.

DON PEDRO

¡Es justicia y no es justicia:
y pues, ni negarlo puedo
ni concederlo, os suplico
que procuréis, ya que muerto
callaré forzosamente,
que me mate vuestro acero!

DON DIEGO

¡Reñir pretendéis! ¡No falta,
en estas bodas de pueblo,
ni juego de espada, que es
de todos el que prefiero!

La chusma de criados, que ya se disponía á apoderarse de ambas damas, corre á auxiliar á Don Diego, á tiempo que Don Pedro cae muerto.

¡El viejo riñera bien,
de no reñir con Don Diego!

MÁLVINA

Cayendo sobre el cadáver de su padre.

¡Padre mio! ¡padre! ¡aquí
venid! ¡padre! ¡padre! ¡Cielos!

¿Y he de quedar viva yo,
si todo mi amor ha muerto?

Viene Nicodemo corriendo.

NICODEMO

A Don Diego.

Si no aprovecháis, hermano,
para fugaros á Italia
la corta tregua que os dan,
os han prendido mañana.
¡Todos querían al muerto!

DON DIEGO

¡Teodora, Malvina, el alma
dejo entre vosotras dos!

Encogíendose de hombros y dispuesto á huir.

¡Seré un viajero sin alma!

NICODEMO

¡Viene gente!

Vienen caballeros armados por el fondo.

DON DIEGO

¡Aquí, los mfos!
¡Abandonad á las damas
y mantened, mientras monto,
á los que vengan á raya!

Huye Don Diego. Riñe la gente.

TEODORA

Corriendo furiosamente.

¡Paso, paso á mí, dejadme!

VOCES

¡Atrás!

TEODORA

¡Dejadme!

NICODEMO

¡Dejadla!

¿A donde váis?

TEODORA

¿No os lo he dicho?

¡A ser sombra de su alma,
 pesadilla de sus noches,
 y justicia de su causa!
 ¡Maldición viva, á secarle
 los bienes, por donde vaya!
 ¡Paso!

Se han ido alejando los combatientes.

NICODEMO

¡Que el soplo de Dios
 dé á vuestro fuego más llamas!

Sale la monja.

VI

Marcela, la viejecita y algunas mu-
 jeres rodean á Malvina pretendiendo
 separarla del cadáver de su padre.

NICODEMO

Les ayuda en su piadoso cuidado.
 Viendo á Malvina desvanecida, le pal-
 pa el corazón por conocer si le late to-
 davía.

¡Aún late su corazón!
 ¡Qué delicia! ¡procuremos
 que salga de su desmayo
 aunque el despertar es negro!
 ¡Agua!

La vieja y Marcela no aciertan á
 traerla.

¡De allí, de la mesa!

Se van todas en busca de agua. Queda
 Nicodemo arrodillado con Malvina en
 sus brazos; la besa en la frente, sonríe
 y dice:

Dulce beso: ¡el mundo es bueno!